

THE RETURN OF THE “BEAR” TO LATIN AMERICA. RUSSIAN POLITICS IN VENEZUELA

Resumen

El presente artículo de investigación analiza, mediante una metodología cualitativa, las razones del apoyo ruso al Gobierno de Maduro. La hipótesis de este trabajo es que la creciente presencia rusa en Venezuela es coherente con los cambios intervenidos en la política exterior del Kremlin en los últimos años. De hecho, en el momento en que iban empeorando las relaciones con Estados Unidos y los socios europeos, Moscú ha visto en un mayor activismo en el continente latinoamericano la posibilidad de encontrar nuevos aliados y defender su pretensión de ser reconocida como potencia global.

Palabras clave

Rusia, Venezuela, Putin, Maduro, política multivectorial.

Abstract

This research article deals with a qualitative methodology the reasons for the Russian support to Maduro's government. The theory of the paper is that the growing Russian presence in Venezuela is coherent with the recent changes in the foreign policy of the Kremlin. Indeed, by the time of the worsening of the relationship between the United States and the European partners, Moscow considered an increasing activism in the Latin American continent as the opportunity to find new allies and to defend its claim to be recognised as a global power.

Keywords

Russia, Venezuela, Putin, Maduro, multivectorial politics.

Referencia: Scocozza, C. (2019). El retorno del “Oso” a América Latina. La política rusa en Venezuela. *Cultura Latinoamericana*, 30(2), pp. 58-73. DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2019.30.2.3>

EL RETORNO DEL “OSO” A AMÉRICA LATINA. LA POLÍTICA RUSA EN VENEZUELA

*Carmen Scocozza**

Universidad Católica de Colombia

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2019.30.2.3>

Introducción

En el momento en que se habla de Venezuela parece casi inevitable hacer referencia a Rusia y a su postura frente a la crisis que está viviendo el país caribeño.

Después de un tiempo, durante el cual la política rusa parecía haber definitivamente abandonado su proyección más allá del océano, en los últimos años se ha visto un significativo regreso de Moscú al contexto latinoamericano a través de la promoción de acuerdos comerciales, militares y, más en general, de cooperación entre las partes. La elección de apostar por la colaboración con América Latina se puede entender tanto en consideración de la progresiva importancia adquirida por la región, como por los cambios en la política exterior de Rusia que, en el intento de regresar a una imagen de potencia global, ha querido diversificar su acción y mirar también a esta área geográfica tan importante en la época de la Guerra Fría.

No deja lugar a dudas que durante la contraposición bipolar las relaciones entre Unión Soviética y América Latina se habían desarrollado principalmente por razones ideológicas: después del derrumbamiento

* Ph.D. en Teoría e Historia de las Instituciones Políticas Comparadas en el Departamento de Teoría e Historia de las Instituciones de la Università degli Studi di Salerno. Pos-doctora de la misma Universidad. Desde el 2007 hasta el 2012 fue docente de Historia Contemporánea e Historia de las Relaciones Internacionales en la Universidad de la Tuscia (Viterbo). Investigadora Senior (Colciencias), desde el 1 de agosto de 2012 es profesora de la Maestría Internacional en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia. ORCID: 0000-0001-6465-8352. Contacto: cscoccozza@ucatolica.edu.co.

El presente artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado con el Grupo “Aldo Moro” de la Maestría Internacional en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia - Università degli Studi di Salerno.



de la URSS, los difíciles años de la transición determinaron una contracción del antiguo imperio soviético a nivel mundial. Cuba, el país que había representado el punto de partida de la difusión del comunismo en el continente, fue el caso más llamativo de la pérdida de interés ruso que llevó a la interrupción de suministros de energía y la reducción de compras de materias primas que dejaron alrededor de 500 proyectos inconclusos en la isla (Jeifets, Khadorich, Leksyutina, 2018, pp. 214-215).

El cambio ocurrido puede ser entendido en consideración de las dificultades económicas que ha vivido el país en el periodo de la transición pos-socialista y de la necesidad de priorizar las exigencias internas de la Federación. En el momento en que el antiguo imperio soviético perdió la componente ideológica como base de su identidad, encontró en la opción occidental la posibilidad de delinear un nuevo camino a lo largo del cual llegar finalmente a integrarse en el mundo occidental (Scocozza, 2011).

Una Rusia débil, entonces, que al comienzo de los años noventa se presentaba en el tablero internacional con el solo objetivo de reubicarse y verse reconocida por los otros Estados occidentales. En ese momento, la afirmación de una política exterior pro-occidental, representada por el entonces ministro de los Asuntos Exteriores, Andrej Kozyrev, se tradujo en una acción finalizada a establecer relaciones amigables con Europa y Estados Unidos. Desde esta perspectiva, se entiende por qué, en esta etapa de redefinición de las prioridades nacionales, el Kremlin pareció bastante desinteresado a dirigirse hacia territorios lejanos geográficamente y poco atractivos. Por esta razón, inicialmente las relaciones entre la Federación Rusa y América Latina fueron escasas y de bajo perfil. Para tener una idea de cómo la región había perdido la centralidad de la época bipolar, es suficiente recordar que Koryrev pospuso el viaje hacia el continente tres veces antes de cancelarlo definitivamente (Jeifets, 2015, p. 92).

Con el tiempo la situación empezó a cambiar coherentemente con el replanteamiento de la política rusa. En el país había empezado a difundirse la idea de que un posicionamiento forzado en Europa había convertido a Rusia en un socio menor de los países occidentales, oscureciendo su proyección de gran potencia. La señal principal de una inversión de la política gubernamental fue dada, en 1996, por la llegada del nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Evgenij Primakov, uno de los más destacados teóricos de la importancia de regresar a la tradición multivectorial de la política exterior rusa, diferenciando las opciones de colaboración y proyectándose hacia diferentes mercados.



En este contexto, la misma región latinoamericana regresaba entre los posibles socios con los cuales promover un modelo alternativo de relaciones internacionales, menos dependiente de la hegemonía estadounidense.

Primakov viajó al continente varias veces entre el 1996 y el 1997 y firmó diferentes acuerdos con México, Cuba, Venezuela, Argentina y Brasil, dando una prueba concreta de la voluntad del Kremlin de abrirse a nuevos escenarios y nuevos países (pp. 92-94).

En realidad, la mayoría de estos acuerdos no llegó a una verdadera actuación, sin embargo, esto representó el primer paso hacia una nueva política, libre de antiguos condicionamientos ideológicos y dirigida a crear nuevos lazos para expandirse también a nivel económico, en particular en el sector energético y militar.

Es posible afirmar que este nuevo acercamiento de Rusia a América Latina se movía a lo largo de dos directrices principales: las motivaciones económicas y los intereses geopolíticos; de hecho, el creciente activismo de los actores latinoamericanos pareció confirmar la idea rusa de que era posible establecer una colaboración entre las partes a favor de la construcción de un mundo multipolar¹. En seguida, la llegada de Vladimir Putin a la presidencia de la Federación Rusa marcó un punto de inflexión definitivo en la política exterior rusa con significativas consecuencias en las relaciones con el mundo latinoamericano.

De hecho, con el objetivo de acabar definitivamente con la representación de un país débil y alejado de los principales centros decisivos internacionales, el nuevo presidente favoreció la centralización del poder y promovió lo que ha sido definido como “un pragmático nacionalismo”. La afirmación de una política más asertiva e independiente, no subordinada a las imposiciones de los occidentales, pero sin llegar necesariamente a una confrontación directa con ellos, ha dado a Moscú una mayor libertad de elegir sus propios socios y definir caso por caso sus prioridades. Si el interés principal hacia el cual dirigir todos sus esfuerzos sigue siendo el antiguo espacio soviético, Rusia ha demostrado a los que querían reconocerle solo un papel regional que tiene todavía la capacidad de proyectarse a nivel internacional. En este sentido, América Latina ha empezado a adquirir una importancia relevante para Moscú, permitiéndole acreditarse frente a la opinión pública mundial como una potencia verdaderamente “global”.

1. Recordamos, por ejemplo, que en 1999 el Grupo de Río, conformado por unos veinte Estados de América Central y Meridional, denunció abiertamente la acción de la OTAN en la antigua Yugoslavia.



Las relaciones entre Rusia y Venezuela

A pesar de que las relaciones entre el Kremlin y el continente latinoamericano ya no pueden ser leídas a través de un lente ideológico como en la época soviética, el regreso en la Federación Rusa de un fuerte nacionalismo, junto a la nostalgia por el antiguo pasado de superpotencia, ha permitido encontrar nuevos elementos de contacto y colaboración con los países que han hecho del antiamericanismo un trato distintivo de sus políticas.

En este sentido, los lazos entre Rusia y Venezuela se convierten en el caso más emblemático y significativo de los nuevos intereses rusos en América Latina. Prueba de esta estrecha colaboración es la conciencia de que hoy en día cualquier análisis sobre la situación venezolana no puede excluir una reflexión sobre el papel de Moscú en la región. Una convergencia que aparece singular con respecto a un pasado de escasas relaciones e intereses recíprocos.

Por esta razón, no deja lugar a dudas el hecho de que el acercamiento entre las partes se debe principalmente a Vladimir Putin y Hugo Chávez, quienes, llegados al poder casi contemporáneamente, en 1999, han marcado con sus Gobiernos la historia de los respectivos países y, a través de la definición de nuevos retos en política exterior, han imprimido un cambio significativo en los equilibrios mundiales del nuevo milenio.

Si a nivel interno se destacan algunas similitudes entre los Gobiernos, caracterizados “por ser “democracias dirigidas”, y por un alto grado de autoritarismo y preeminencia del Poder Ejecutivo sobre el Parlamento y el Poder Judicial” (Boersner, Haluani, 2011, p. 19), es en particular en la proyección externa de los dos países que se ha observado, en las últimas décadas, la existencia de una plataforma común sobre la cual se han establecido relaciones amigables y mutuamente beneficiosas. De hecho, ambos países plantean la necesidad de redibujar el mapa mundial en favor de la existencia de diferentes centros de poderes en contra de las pretensiones hegemónicas de Washington. De todas formas, es claro que la capacidad de incidir en el escenario internacional no sea comparable, en la medida en que Rusia sigue siendo una potencia de la cual no se puede prescindir para garantizar la seguridad mundial, mientras que actualmente el Gobierno de Nicolás Maduro –sucesor de Hugo Chávez– lucha principalmente para garantizarse su propia sobrevivencia. Aun así, tanto Moscú como Caracas han visto en la recíproca colaboración unas ventajas importantes, ya sea para afirmarse como potencia global, como en el caso de



Rusia, o para encontrar aliados poderosos capaces de brindar ayudas económicas y políticas frente a la dramática crisis interna, como el caso de Venezuela.

El objetivo de Putin era encontrar nuevos socios en una abierta polémica en contra de Washington, buscando al mismo tiempo nuevas posibilidades para ampliar las relaciones económicas y comerciales y garantizarse una presencia más allá de la región eurasiática; en esta perspectiva, Chávez apareció como un interlocutor perfecto que puso todo “su carisma personal y su talento para la diplomacia personal a la vista para esforzarse en construir relaciones más fuertes con Rusia”² (Rouvinski, 2019, p. 14). Durante toda su presidencia, y hasta el 2013, viajó a Rusia nueve veces, en las que visitó no solo la capital, sino también pequeñas ciudades. Se convirtió, así, en un personaje muy reconocido y apreciado en toda la Federación.

Una relación no solo de fachada que, en la práctica, ha permitido, desde el supuesto triunfo de la revolución bolivariana, la firma de más de 200 acuerdos y tratados como prueba de la concreta voluntad de establecer una colaboración durable. Si no se pueden subestimar las motivaciones económicas detrás de este acercamiento es, principalmente, por las consecuencias políticas que las relaciones ruso-venezolanas despertaron al llamar la atención de los demás Gobiernos y de la opinión pública mundial, que miraban la amistad entre los dos presidentes con curiosidad y hasta preocupación.

En noviembre de 2004 Chávez fue a Moscú por tercera vez en una visita que marcó una significativa profundización en la relaciones entre los dos países y definió la naturaleza de varios acuerdos en materia energética y de venta de armas. El escenario internacional había cambiado bastante con respecto a los primeros viajes del presidente venezolano en 2001. Inicialmente, en particular luego del ataque del 11 de septiembre, la colaboración con EE. UU. en contra del terrorismo internacional había evitado que Putin abrazara por completo la retórica antiamericana de su homólogo venezolano; de lo contrario, en 2004 aparecía siempre más evidente la distancia entre Moscú y Washington. Desde la intervención en Irak hasta las revoluciones de colores en el antiguo espacio soviético, las diferentes posturas de las ex superpotencias frente a importantes acontecimientos internacionales abrió nuevos espacios de diálogo entre Rusia y Venezuela a los cuales siguieron resultados concretos (Katz, 2006, pp. 5-6).

2. La traducción de todas las citas de idioma diferente al español es obra de la autora del artículo.



Fue así que, desde el 2005, en consideración también de la restricción de ventas de armas de Estados Unidos a Venezuela, el país latinoamericano se convirtió en el principal comprador de instrumentos y equipos militares rusos, entre los cuales se destacaban fusiles de asalto, carros de combate y helicópteros de ataque, por un valor estimado, entre el 2005 y 2007, de más de 4 mil millones de dólares. A lo largo de los años, Venezuela ha representado el principal destino de la venta de armas rusas: el 73% de todo el comercio militar hacia Latinoamérica (Pastor Gómez, 2019, p. 10).

Muchas empresas estatales y privadas, además, empezaron a invertir en territorios venezolanos en varios ámbitos, mientras que los gigantes energéticos rusos, como Gazprom, Rosneft y Lukoil, se afirmaron como socios para la creación de proyectos conjuntos en la búsqueda y producción de hidrocarburos. En esos años el fortalecimiento de la cooperación militar, energética, financiera y comercial demostró que el eje ruso-venezolano se afirmaba como una realidad para tener en cuenta. El contexto internacional demostró pronto que los intereses económicos eran solo un aspecto, y no necesariamente el más importante, de una colaboración que ha adquirido progresivamente un imprescindible significado geopolítico.

Desde este punto de vista, mientras que las relaciones entre la Federación Rusa y Estados Unidos seguían empeorando, la política rusa hacia el continente americano regresó a estrategias que recordaban aquellas utilizadas durante la Guerra Fría: los acuerdos, las relaciones comerciales, la venta de armas, todos estos momentos empezaron a convertirse en herramientas para afirmar la presencia rusa en América Latina y erosionar el liderazgo norteamericano en el hemisferio occidental.

La construcción del eje Moscú-Caracas

Que los tiempos habían definitivamente cambiados fue bastante evidente en ocasión del discurso de Múnich de 2007 cuando, durante la Conferencia sobre la Seguridad Global, Putin lanzó un ataque directo en contra del unilateralismo norteamericano y su pretensión de exportar la democracia (Putin, 2007). En agosto del año siguiente, la guerra en Georgia, seguida al ataque del Gobierno de Saakashvili en las zonas separatistas pro-rusas, demostró que Rusia había regresado a la escena mundial dispuesta, también, a utilizar la fuerza para defender sus intereses nacionales y oponerse al cerco promovido por las



potencias occidentales. Consecuentemente, el 2008 se convierte en un momento clave también para la proyección rusa en América Latina. La profundización de los vínculos ruso-venezolanos representó una respuesta directa a la injerencia de Estados Unidos en el “extranjero cercano” ruso, en ese territorio eurasiático donde Moscú reivindica una especie de derecho de intervención en nombre de un pasado común. Si Washington envió buques norteamericanos en el Mar Negro para afirmar su presencia y apoyó al aliado georgiano, se entiende cómo el envío de la flota rusa en el caribe venezolano, en noviembre de 2008, fue vista como una respuesta directa a la presencia norteamericana en los territorios limítrofes rusos y a la inexorable ampliación de las organizaciones occidentales en Europa Oriental (Scocozza, 2017, pp. 59-70).

Venezuela representó, entonces, el socio ideal para desempeñar “una función equilibradora” (Di Ruzza, 2011, p.188) con respecto a la acción de Estados Unidos y enviar un mensaje claro sobre la determinación rusa a exigir reciprocidad en las relaciones internacionales.

A pesar de las garantías sobre el hecho de que el envío del crucero nuclear *Pedro el Grande*, con unos barcos de apoyo para realizar maniobras militares conjuntas con Venezuela, había sido previamente decidido y se insertaba en una acción coordinada sin ninguna finalidad ofensiva, es bastante comprensible que desde Washington se miró con preocupación tanto a la presencia militar rusa a pocas millas de su territorio, como a la definición de alianzas caracterizadas por un siempre más evidente antiamericanismo.

Para confirmar el interés ruso hacia el continente latinoamericano, también Dmitri Medvedev, elegido a la presidencia de Rusia en el marzo de 2008, organizó, entre las primeras misiones diplomáticas en el exterior, un viaje a América Latina: visitó, en noviembre del mismo año, Perú, Brasil, Venezuela y Cuba. Fiel al tradicional pragmatismo de su país, el presidente no se limitó a encontrar solo a los Gobiernos con los cuales había una evidente convergencia de visiones, sino que involucró, también, países más distantes políticamente, con los cuales, sin embargo, se abrían importantes posibilidades de comercio, aún más interesantes a la luz de la crisis financiera global de 2008 (Jeifets, Khadorich, Leksytina, 2018, pp. 216-217).

La acción rusa en América Latina habían empezado, entonces, a definirse a lo largo de dos objetivos principales: la búsqueda de nuevos mercados y socios comerciales, no necesariamente entre los países representantes de este “giro a la izquierda” que se había afirmado en la región, y la cooperación más estrecha con un grupo de Gobiernos



amigos con los cuales compartir la misma visión frente a las crisis internacionales y actuar en favor de una nueva arquitectura mundial, más correspondiente a sus intereses.

Para Venezuela la abertura rusa representó, así, la oportunidad de encontrar un poderoso aliado con el cual intercambiar conocimientos, recibir ayudas económicas en la edificación de su proyecto bolivariano y verse ascendida al rango de importante potencia regional. Alineándose con un país como Rusia, Caracas aprovechó para hacer oír su voz frente a algunas cuestiones internacionales: se unió al Kremlin en contra del reconocimiento de la independencia del Kosovo antes y fue, con Nicaragua, el único país de América Latina que reconoció la secesión de Abjasia y Osetia del Sur después de la guerra georgiana (Blank y Kim, 2015).

Desde la crisis georgiana el dialogo entre Rusia y Venezuela se profundizó ulteriormente. En 2010 el comercio bilateral alcanzó los 165 millones de dólares y las recíprocas visitas realizadas en los respectivos países en el curso de ese año permitieron la firma de docenas de acuerdos que iban a integrar los anteriores y ampliaban los ámbitos de colaboración: desde el uso pacífico de la energía atómica y exploración del espacio, convenios para la especialización de profesionales, explotación de campos petroleros en la Faja del Orinoco hasta el sector de la industria automotriz. Se impulsó, entonces, un comercio que iba más allá de la mera compra de armas (Boersner, Haluani, pp.18-19).

Obviamente, cuanto más iban empeorando las relaciones entre Rusia y Estados Unidos, más relevantes se volvían las implicaciones geopolíticas de la presencia rusa en el continente: “el Kremlin se dio cuenta de que si lograban un éxito diplomático en el extranjero cercano de Estados Unidos en América Latina, esto compensaría en termino de simbolismo político la pérdida de influencia de Rusia con sus propios vecinos” (Rouvinski, 2019, p. 14).

Si, entonces, Rusia estaba obligada a lidiar con una imagen comprometida frente a una ampliación de las organizaciones políticas y militares occidentales que parecía sacarla inexorablemente del continente europeo, “la posibilidad de establecer vínculos tecnológico-militares con un estado petrolero revolucionario en la periferia de Estados Unidos [se convertía en] una táctica geopolítica imperativa” (Mijares, 2017, p. 223). Desde este punto de vista, a pesar de que las relaciones entre Rusia y Venezuela nunca hayan alcanzado la misma dimensión económica de aquellas con China, la preponderancia del elemento geoestratégico y militar ha dado a los vínculos entre Caracas y Moscú un valor creciente, como lo confirmaron los eventos posteriores.



Con ocasión de la crisis ucraniana en 2014, de hecho, se representaron las mismas dinámicas; una vez más, lugares geográficos lejanos se veían unidos en una especie de vínculo capaz de ir más allá del océano: las crisis en el viejo continente seguían repercutiendo por toda la región latinoamericana que adquiría, así, un valor estratégico creciente para el Kremlin.

De manera que el diálogo entre Rusia y Venezuela se ha desarrollado de manera constante, prescindiendo de los cambios en la presidencia de los respectivos países. Tanto el regreso de Putin en 2012 como la muerte de Chávez y la llegada al poder de Maduro en 2013 no afectaron, en efecto, las relaciones entre las partes. Ya en el nuevo “Concepto de Política Exterior” de febrero de 2013 América Latina venía mencionada por su creciente papel a nivel internacional y se convertía en un socio con el cual interactuar para encontrar adecuadas respuestas a los desafíos y amenazas globales (*Koncepcija vnešnej politiki Rossijskoj Federacii*, 2013). La guerra en Ucrania y el empeoramiento de las relaciones entre Moscú y Washington dio prueba del nivel de entendimiento mutuo frente a graves problemáticas internacionales.

Entre el final de 2013 y el comienzo de 2014, los levantamientos ucranianos determinaron una fuerte crisis política interna que culminó con la huida del presidente Yanukovich en febrero de 2014. El evidente cambio prooccidental en el interior del país preocupó a Rusia en la medida en que se corría el riesgo de perder el vínculo privilegiado con Kiev y las garantías con respecto a la flota naval rusa en Sebastopol que, después de la caída de Unión Soviética, había quedado en territorio extranjero. La creciente hostilidad entre los dos países llevó a Putin a considerar que, para defender los prioritarios intereses geoestratégicos nacionales, era necesario retomarse a Crimea, regalada por Jrushchov a Ucrania en 1954. El 16 de marzo de 2014, un referéndum realizado en la península de Crimea estableció la anexión del territorio a la Federación Rusa. Este acontecimiento ha representado un punto de inflexión en las relaciones entre Moscú y la mayoría de los Gobiernos occidentales, que han acusado a los rusos de regresar a una política imperial, dispuesta a utilizar la fuerza para afirmar sus derechos (Scocozza, pp. 95-104).

Frente a la condena generalizada por lo que había pasado, el continente latinoamericano, y Venezuela en particular, volvió al centro de la atención de Moscú por la necesidad de escapar del aislamiento internacional, fortaleciendo amistades con otros países, y por la exigencia de responder a las sanciones económicas promovidas por Estados Unidos y la Unión Europea para consolidar los intereses comerciales



en la región.

Para dar una señal clara de la reorientación de la política rusa, Putin organizó, en julio del mismo año, un viaje al continente en el que visitó diferentes Estados con el objetivo de demostrar la proyección internacional de Rusia después del deterioro de la situación en Europa. Aprovechando la cumbre de los BRICS en Fortaleza, el presidente viajó a Cuba, Nicaragua y Argentina, antes de llegar a Brasil. En todas las visitas, Putin reiteró la voluntad de colaborar con la región, enfatizando la importancia tanto del fortalecimiento de los lazos económicos, de los cuales obtener beneficios mutuos, como de una asociación estratégica para actuar en favor de un nuevo sistema mundial, respetuoso de la existencia de diferentes centros de poderes (Putin, 2014).

Es evidente que en los últimos años las relaciones de Moscú con los Gobiernos de izquierda tuvieron una gran visibilidad por el sentido que se ha querido dar a estas amistades. No obstante es posible afirmar que la política rusa hacia el continente latinoamericano ha sido bastante libre de prejuicios o superestructuras ideológicas y demuestra una buena propensión a dialogar con todos los países con los cuales ha podido incrementar las relaciones económicas. Asimismo, el Kremlin ha abandonado la idea de convertirse en un país observador de la Alianza Bolivariana y ha seguido desarrollando, coherentemente con su tradición política, relaciones bilaterales con los diferentes miembros y evitando que una identificación excesiva con esta organización, y una fuerte connotación ideológica de su presencia en la región, afectaran la posibilidad de interactuar con otros potenciales interlocutores. De acuerdo con Rouvinski (2017):

Las relaciones de Rusia con el bloque de ALBA es una de las claves para entender la naturaleza del «retorno ruso» a América Latina. Se trata de un «matrimonio por conveniencia» pues es muy claro que, desde el comienzo de esta relación, los principales países del ALBA (Venezuela, Cuba y Nicaragua) y Rusia se beneficiaron de la ausencia de preguntas políticas mutuamente incómodas: el lado latinoamericano sabía que Rusia nunca haría preguntas sobre las violaciones de derechos humanos en Cuba, la persecución de la oposición en Venezuela, o el abuso de poder en Nicaragua. Al mismo tiempo, Rusia sabía que ni Caracas, La Habana y Managua cuestionarían la forma en que se lleva a cabo la política en Rusia.

No obstante, las relaciones entre Moscú y Caracas nos dicen que, en algunos casos, las implicaciones geopolíticas terminan por prevalecer sobre consideraciones de otra naturaleza. Venezuela, junto con



Cuba, Bolivia y Nicaragua, fue uno de los 11 países que votaron en la Asamblea General de la ONU en contra de la resolución en favor de la integridad territorial de Ucrania, con lo cual demostró su compromiso con la defensa de los intereses rusos (Sudarev, 2014). Un apoyo que se ha visto contracambiado por parte de Rusia con una intensificación de los vínculos técnico-militares. En febrero de 2015 el ministro de la Defensa voló a Caracas, Managua y La Habana, indicando que si Rusia estaba dispuesta a colaborar con todos los Gobiernos del continente, independientemente de las diferentes visiones políticas, de todas formas existía un grupo de países con los cuales mantener relaciones preferenciales por la presencias de objetivos políticos compartidos, unidos principalmente por el antiamericanismo. Entre otros, los acuerdos con Venezuela permitieron simplificar el procedimiento para la entrada de barcos rusos en los puertos nacionales y favorecer la cooperación y el intercambio de informaciones para el entrenamiento militar en el país (Jeifets, p. 102).

Una vez más, Washington no podía mirar esta cercanía de manera neutral en la medida en que, a la afinidad entre los presidentes, se sumaba un mayor compromiso de la presencia rusa en Venezuela. Maduro ha demostrado en varias ocasiones haber aprendido la lección de Chávez, que se convirtió en una presencia bastante habitual en territorio ruso. En el pleno de la crisis ucraniana, por ejemplo, cuando la mayoría de los líderes occidentales se negaron a participar en las celebraciones para recordar los setenta años de la victoria soviética sobre la Alemania Nazi, el presidente venezolano fue el único representante de un país suramericano que asistió al evento, y confirmó el compromiso de apoyo y colaboración con Rusia (Rouvinski, 2019, p. 15).

En particular, el empeoramiento de la situación política en Venezuela en el último año ha dado una prueba ulterior de la voluntad rusa de afirmarse como referente de las cuestiones regionales y de demostrar su proyección global; hoy en día, cualquier problema conexo con Venezuela parece no poder prescindir de la postura rusa al respecto.

Discusión

Muchas veces Putin ha reiterado la importancia de América Latina para Rusia por el objetivo crecimiento del continente, y por algunas características comunes que permiten compartir la misma visión de las relaciones internacionales que los sitúa en defensa del



multilateralismo, de la centralidad de las ONU y del respeto de la soberanía nacional de cada país.

De hecho, para los rusos la reivindicación de una política independiente a nivel internacional y la afirmación de una autoridad soberana libre de injerencias externas representan elementos imprescindibles de su visión política que, a lo largo de los años, se ha alejado progresivamente de la posición occidental (Deyermond, 2016). El Kremlin sigue defendiendo categóricamente el tradicional modelo westfaliano de las relaciones internacionales, excluyendo cualquier acción externa en el proceso de toma de decisión de un Estado. Coherentemente con esta posición, también en el caso venezolano el país ha declarado que cualquier crisis se tiene que solucionar en el ámbito del Estado.

Ya con ocasión de la visita del presidente venezolano en Rusia, en diciembre de 2018, más allá de la oportunidad de firmar nuevos acuerdos comerciales entre las partes, Putin se había expresado claramente en contra de cualquier intento de realizar con la fuerza un cambio en el Gobierno y ofreció su apoyo en caso de necesidad. No sorprende, entonces, que en el momento en que Guaidó se ha autoproclamado presidente, el 23 de enero de 2019, el Kremlin ha condenado inmediatamente el evento y advertido de las peligrosas consecuencias de una posible intervención de Estados Unidos³.

El intento de leer el apoyo de Putin a Maduro a través de un análisis dicotómico, por el cual los Estados demócratas respaldan al presidente de la Asamblea Nacional y los Gobiernos autoritarios siguen defendiendo a lo que se presenta como el presidente legítimo, no permite, así, entender plenamente las razones por las cuales el Kremlin está a favor de la permanencia de Maduro en el poder.

En la opinión de Rusia, cualquier acción unilateral que limite los principios de integridad territorial y no interferencia en los asuntos internos de un Estado representa una amenaza para el Estado de derecho y la estabilidad internacional. En el “Concepto de Política Exterior” de diciembre de 2016, el Gobierno había ya reiterado su compromiso en contra de “los intentos de representar violaciones del derecho internacional como su aplicación creativa” y “otros tipos de injerencia externa que violen las normas del derecho internacional, en particular el principio de la igualdad soberana de los Estados” (traducido en Scocozza, p. 160).

3. “Juan Guaidó: Rusia denuncia la “usurpación de poder” de la oposición de Venezuela y alerta de un posible “baño de sangre”, 24 de enero de 2019. En <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-46984872>.



Desde esta perspectiva, es posible afirmar que la diferente interpretación de cómo actuar en el respeto del derecho internacional frente a la más reciente crisis ha sido causa de las principales tensiones entre Moscú y Washington. Venezuela representa, así, el último caso en el cual lo que se pretende defender, más allá del apoyo al presidente que se considera legítimo, es el derecho a afirmar la posibilidad de cada país de elegir un camino político y socio-económico autónomo, no necesariamente subordinando a la adhesión a un modelo democrático universal (Sakwa, 2012).

Si el activismo de Rusia en la región depende también de intereses económicos, en el caso de Venezuela se vincula a evaluaciones políticas que terminan por prevalecer. Cabe recordar que en el segundo trimestre de 2018 el comercio de Rusia con Venezuela ha totalizado 32 millones de dólares, mientras que las importaciones a Rusia desde Venezuela solo 272 mil dólares. Esta asimetría de las relaciones comerciales no es particularmente beneficiosa para el eximperio soviético en consideración de que la mayoría de las ventas de Rusia se basan en créditos de bancos rusos o del mismo Gobierno. Hasta ahora, el régimen venezolano ha contraído una enorme deuda con los socios rusos, tanto que, en noviembre de 2017, Rusia ha reestructurado alrededor de tres mil millones de dólares de deuda de Caracas, reorganizando el pago a partir del 2023. Sin embargo, tampoco se puede subestimar a largo plazo las ventajas para Moscú de mantener una relación privilegiada con el país que, a pesar de todo, representa la reserva de petróleo más grande del hemisferio occidental.

Por un lado, la estrecha cooperación militar permite a Rusia garantizarse una presencia incisiva en el territorio latinoamericano y, por el otro, recibir un acceso preferencial a los suministros de petróleo venezolano. La gran cantidad de dinero enviada –solo en 2017 la empresa de gobierno rusa Rosneft ha prestado 6 mil millones de dólares a su homóloga venezolana, Pdvs, para ayudarla a mantenerse a flote– permite a la empresa rusa ejercer una cierta influencia en la política petrolera de Caracas. De hecho, Pdvs y Rosneft han realizado varios proyectos y *joint-venture* que garantizan a la empresa rusa una participación activa y un porcentaje de ganancia en la extracción de los hidrocarburos (Álvarez Calderón y Huartos Carranza, 2019, p. 260-262).

Por esta razón, la hipótesis de un cambio de gobierno en Venezuela representa un peligro para Rusia, que corre el riesgo de perder los beneficios adquiridos y el dinero prestado. Coherente con su pragmatismo, el apoyo al régimen de Maduro se expresa a través de las duras



declaraciones en contra de la injerencia estadounidense y del envío de asesores militares, ayudas económicas y fuerzas mercenarias. Más allá de esto, no es imaginable una participación directa que la vea involucrada en un conflicto militar.

La Federación de Rusia tiene ya bastantes preocupaciones internas para asumir otros problemas de los cuales sería difícil salir luego. Las prioridades geopolíticas del Kremlin siguen estando en el antiguo espacio soviético, en lugares donde, para defender sus prioritarios intereses nacionales, está dispuesta, incluso, a utilizar la fuerza. Venezuela, por otro lado, es un aliado muy importante para moverse en el continente latinoamericano y promover una política exterior multi-vectorial que la vea protagonista en el actual escenario mundial. Que esto signifique llegar a una confrontación directa con Estados Unidos para defender el chavismo parece muy poco probable.

Referencias

- Álvarez Calderón, C.E.; Huartos Carranza, S.G. (2019). Rusia y Venezuela: ¿socios políticos o acreedor económico y deudor? En A. Valdelamar (Ed.), *La crisis venezolana: impactos y desafíos* (pp. 255-295). Bogotá: Fundación Konrad Adenauer.
- Blank, S.; Kim, Y. (2015). Russia and Latin America: The New Frontier for Geopolitics, Arms Sales and Energy. *Problems of Post-Communism*, 62(3), 159-173.
- Boersner, A.; Haluani, M. (2011). Moscú mira hacia América Latina. *Nueva Sociedad*, (236), 16-26.
- Deyermond, R. (2016). The Uses of Sovereignty in Twenty-first Century Russian Foreign Policy. *Europe-Asia Studies*, 68(6), 957-984.
- Di Ruzza, M. (2011). *L'America Latina sulla scena globale*. Soveria Mannelli: Rubbettino.
- Jeifets, V. (2015). Russia is coming back to Latin America: perspectives and obstacles. *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Caribe*, (11), 90-112.
- Jeifets, V.; Khadorich, L.; Leksyutina, Y. (2018). Russia and Latin America: Renewal versus continuity. *Portuguese Journal of Social Science*, 17(2), 213-228.
- Katz, M. (2006). The Putin-Chavez Partnership. *Problems of Post-Communism*, 53(4), 3-9.



- Koncepcija vnešnje politiki Rossijskoj Federaciji* (Concepto de política exterior de la Federación Rusa). (2013). Disponible en: http://www.mid.ru/en/foreign_policy/official_documents//asset_publisher/CptICkB6BZ29/content/id/122186?p_p_id=101_INSTANCE_CptICkB6BZ29&_101_INSTANCE_CptICkB6BZ29_languageId=ru_RU
- Mijares, V. (2017). Soft Balancing the Titans: Venezuelan Foreign-Policy Strategy Toward the United States, China, and Russia. *Latin American Policy*, 8(2), 201-231.
- Pastor Gómez, M.L. (2019). *¿Rusia realmente ha retornado a América Latina?* Documentos de Análisis. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2019/DIEEEA09_LUIPAS-RusiaAmerica.pdf
- Putin, V. (2007). Speech and the Following Discussion at the Munich Conference on Security Policy. Disponible en: <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/24034>.
- Putin, V. (2014). Answers to journalists' questions. Disponible en: <http://en.kremlin.ru/events/president/news/46236>.
- Schuster, M. (2017). *¿El “retorno ruso” a América Latina?* Entrevista a Vladimir Rouvinski. Buenos Aires: Argentina. *Nueva Sociedad* Recuperado de: <https://nuso.org/articulo/rusia-entre-nosotros/>.
- Rouvinski, V. (2019). *Russian-Venezuelan Relations at a Crossroads*. Latin American Programm - Kennan Institute. Disponible en: https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/russia-venezuela_report_rouvinski_final.pdf
- Sakwa, R. (2012). Sovereignty and Democracy: Constructions and Contradictions in Russia and Beyond. *Slavica*, 1(1), 3-27.
- Scocozza, C. (2011). *Una identidad difícil*. Bogotá: Planeta.
- Scocozza, C. (2017). *La Guerra tibia. Rusia y EE.UU. en el siglo XXI*. Bogotá: Penguin Random House.
- Sudarev, V. (2014). *Rossija y Latinskaja Amerika na fone ukrainskogo krizisa. (Rusia Y América Latina en el contexto de la crisis ucraniana)*. Disponible en: <https://russiancouncil.ru/analytics-and-comments/analytics/rossiya-i-latinskaya-amerika-na-fone-ukrainskogo-krizisa/>.